

emma godoy y el feminismo

La incompreensión del feminismo, la tergiversación de sus fines, las confusiones (de buena o mala fe) sobre su significado siguen caracterizando la actitud más frecuente en todos los niveles sociales. No hay que sorprenderse de ello, si pensamos que la humanidad tiene determinadas opiniones sobre las mujeres y lo femenino desde hace milenios. Empieza a ser sorprendente cuando esas opiniones estereotipadas, convencionales y falsas vienen de quien se supone que no debería aceptarlas sin analizarlas. En este caso, una escritora, una intelectual, como ella misma se define: Emma Godoy, autora de varios libros y colaboradora en varias revistas. Casualmente cayó en nuestras manos el librito que ella publicó en 1975, en ocasión del Año Internacional de la Mujer: *La mujer en su año y en sus siglos*. (1) El título permite suponer que el *año* no debe cambiar lo que los siglos han sancionado. Ofrecemos a nuestros lectores algunos fragmentos de este breviarío para mujeres, del cual parece se han casi agotado los 10.000 ejemplares de su edición.

(1) Emma Godoy —*La mujer en su año y en sus siglos*— Ed. Jus, México 1975.

El feminismo no es femenino

En Inglaterra, hará un siglo, surgió el llamado movimiento de liberación femenina dentro de un grupo de mujeres muy poco mujeres. Tratábase de varonas de pelo en pecho que tenían la audacia, en aquella época de damas recatadas y gazmoñas, de trepar al techo de los carruajes (aunque les estorbaban los entrapajados vestidos de falda larga y se les cayeran los sombreros) para desde allí arrojar piedras que rompieran con estrépito las vidrieras de los escaparates comerciales. Protestaban por la discriminación de la mujer en cuanto al sufragio: exigían el voto femenino. A ellas les debemos el hacer cola en las casillas electorales para elegir al presidente, al gobernador, a senadores y diputados. Lo cual implica la obligación de estar al tanto de la política leyendo periódicos y revistas, cosa que francamente la mujer femenina no aguanta; prefiere sus telenovelas y vota por el candidato que le indica su marido. Así que de hecho el que sigue votando es el hombre.

Aquellas sufragistas que me hacen tanta gracia por sus osadías —y luego sus varoniles sucesoras ya nada graciosas— han tenido razón en cuanto a ellas mismas; pues por su diferente configuración mental sus intereses tenían que derivar hacia el campo masculino. Y era justo que allí se les dieran oportunidades.

El libro está lleno de afirmaciones rebatibles, pero eso significaría escribir otro libro, y no vale la pena. . . Limitémonos a lo que aparece en pocas líneas:

- El feminismo no se llamó en sus inicios "movimiento de liberación femenina"; esta designación se adoptó en su fase más reciente: a partir de los años 60 en los Estados Unidos;
- El feminismo no se inició en Inglaterra hace un siglo, sino en Francia con la Revolución Francesa. Como movimiento organizado puede decirse que surgió con la Convención por los Derechos de la Mujer, de Seneca Falls, Nueva York, en 1948.

A partir de entonces, la designación más frecuente para el feminismo fue la de *sufragismo*, dado que el objetivo principal de la lucha era obtener el voto.

Esto, en cuanto a precisiones; sobre la desgracia que padecen las mujeres ante la necesidad de opinar y expresar una opinión y el inconveniente de no tener suficiente tiempo para las telenovelas, creo que sobran los comentarios.

Pero veamos otros párrafos del enjundioso ensayo:

El amor libre

Le aquejan, pues, a la mujer, tribulaciones que antaño fueron

las pesadumbres que cargaba el esposo. ¿Por qué no lo ven? ¿O será que no quieren verlo?

A pesar de hacer tan mal negocio, multitud de mujeres se adhieren al movimiento revolucionario que las aparta del hogar. Muchas lo hacen por sentirse modernas, por seguir la moda, es decir, por aborregamiento. ¿A dónde vas Vicente? A donde va la gente. Son personitas sin personalidad.

Pero el fenómeno de adocenamiento no explica suficientemente el atractivo que ejerce el movimiento feminista; pues también arrastra a esposas que sí tienen personalidad. Debe de haber otras explicaciones. Una de ellas es que existen muchas andróginas que se casaron por equivocación, así que están dispuestas a romper los lazos sagrados y a brincar todas las barreras para realizarse en reconquistada soltería. ¿Pero Señor, por qué no lo pensaron antes de comprometerse ante el altar?

También se entiende que quiera escapar de su tormento la esposa frígida. Y asimismo se comprende el entusiasmo de mujeres resentidas contra su esposo, padre o hermano, que ven en el feminismo una forma de venganza.

La adhesión irracional a este movimiento oculta muchos resortes subconscientes. Y, atreviéndome a hablar sin tapujos, no creo que el menor de ellos sea la promesa medio velada del amor libre.

Quiero suponer que bastantes damas cristianas de los países latinoamericanos se han dado cabal cuenta de que el feminismo tiene por objetivo y propósito final el libertinaje femenino. Pero aun así, muchas, no obstante su cristianismo, ya aprovechan las conquistas en este peligroso terreno: se divorcian o toman la pildora.

Debajo de la palabrería acerca de las auténticas injusticias que sin duda victiman todavía a nuestro sexo, el feminismo encubre su verdadera meta: el derecho al amor libre.

En los países como Norteamérica o Suecia donde la mujer alcanzó ya la plena emancipación, aparece la deshonestidad o liviandad como el término al que se aspiraba secretamente. Mujer liberada se está convirtiendo en sinónimo de mujer prostituida.

Con razón, lamentablemente, se afilian al feminismo viendo en él su gran oportunidad aquellas mujeres de tipo-opuesto al de la dama, las que llevan dentro una ramerilla en potencia.

De las cargas abrumadoras que el movimiento de emancipación femenina nos ha echado sobre nuestras débiles espaldas, quizá lo que secretamente compense de todo a ciertas mujeres

(;no a ustedes, ni pensarlo!) es la esperanza de liberación precisamente sexual, aunque no se atrevan a confesárselo ni a ellas mismas.

Digo que con el libertinaje pretenden indemnizarnos de las fatigas en que nos han metido. Piensan que la libertad sexual, aunque sea al precio de arruinar la familia, es capaz de resarcir de todo a la mujer. ¿Qué concepto tan sucio tendrán de nosotras! Sin embargo, hay muchedumbre que nos avergüenza porque merece que se les repute tan bajo. Allí tenemos a tantas jóvenes que se casan llevando ya en mente la idea del divorcio, pensando en que si ese hombre al que hoy juran fidelidad en solemne ceremonia, si ese hombre un día ya no les gusta, lo pueden cambiar por otro; y luego a ese otro por un tercero. No tienen que comprometerse interiormente de por vida ante Dios, y llevan ya hecho el ánimo de que no deberá importarles lo que les pase a los hijos de ese matrimonio si después ella decide contraer nuevas nupcias.

La liberación sexual también compensa a la hembra pasional que no ha elegido esposo todavía, pues podrá probar con muchos, siempre que no descuide la pastilla.

En todo caso, a solteras y casadas les vinieron de perlas los anticonceptivos y el aborto. Así se eximen de la molestia del hijo.

Sumemos todo esto y tenemos a la prostituta hecha y derecha. Tal es la mujer liberada que encontramos en muchos países. En el nuestro ya hay brotes. ¿Cómo lo salvaremos?

La lujuria sin vallas es la compensación que ofrece el feminismo. Y por eso ha de tener tantas adeptas. . . y adeptos que lo alientan pues el hombre es el que más aprovecha en una ramería. Bien les dije: esto es negocio masculino.

Desenmascaremos al movimiento emancipador. Démosle sus verdaderos nombres. "Liberación sexual de la mujer", o "Movimiento pro abolición de la esposa y la madre". Así, a las claras, sin más hipocresías. Que la mujer se enfrente con su conciencia y lo tome o lo rechace.

Oigan ustedes, estas feministas están pensando con sus mentes sucias que la mujer se reduce a sexo. ;Nos ofenden, nos agravan! Quisiéramos gritarles: Mejor "ya no nos defiendan, comadres". Perdóname mi auditorio que me exprese con crudeza: la mujer no consiste no más en útero. ;Somos también cerebro, qué caramba! Ofrecemos la prostitución como un ideal, nos ultraja. Tenemos que protestar ante un mundo que nos escarne-

ce tratándonos como si todo nuestro interés se centrara y concentrara en la matriz. Hemos de demostrarle que somos seres racionales, que en nosotras también refulge el espíritu. Ahora se hace necesario reconquistar nuestro rango y nobleza para que se nos otorgue el respeto que merecemos y hemos perdido. ¿Cómo se atreven a ofrecernos el sexo para resarcirnos de nuestros agobios, igual que a las bestias del campo se les indemniza de sus trabajos con un costal de pastura? Protestamos ante el feminismo para que nos devuelva nuestra dignidad, pues ya no toleramos el oprobio de que una legión de mujeres delirantes ofrezca a otras mujeres el amor libre como el máspreciado obsequio. ¿O es que a ustedes no les golpea en el rostro la insolencia de que nos juzguen igual que burras en primavera?

¡A la conquista, pues, a la reconquista del espíritu!

Que callen los que nos menosprecian. Vamos a darles el mentís con nuestro señorío espiritual.

Tenemos que reconquistar el respeto, exigir la admiración y que de una vez por todas sepan que poseemos un alma, y que es digna de que ante ella se postren los que hoy nos vejan.

Cada una de las mujeres tendrá que decidir lo que quiere para sí misma: prostitución, o espíritu. Rebajarse con la muchedumbre de frenéticas o enaltecerse luchando como una heroína contra la corriente.

El materialismo de la liberación femenina se ha unido a los otros materialismos y lo está arrasando todo. Mas todavía quedan multitud de mujeres decentes que podrán ser baluarte y fortaleza inexpugnable del espíritu. Con ellas decimos: Nunca la liberación de la cintura para abajo; siempre la superación de la cintura para arriba.

Es casi una proclama. La señora Godoy no percibe, sin embargo, sus contradicciones, como suele suceder cuando la pasión nos domina. . . Esta exaltación del *espíritu* no coincide con el ideal de buena ama de casa propuesto por la autora, a quien no debe dársele la penosa tarea de pensar, de leer, de asumir una opinión, "cosa que francamente la mujer femenina no aguanta". Por otra parte, es fácilmente demostrable que un sano ejercicio de la sexualidad no se opone a un fecundo ejercicio de la mente y que no hay ninguna incompatibilidad, por ejemplo, entre el bikini (citado por ahí despectivamente por la autora) y el conocimiento de las matemáticas. Y es extraño que la cintura —entre tantos límites que desgarran al ser humano—, sea vista como la frontera entre el bien y el mal. **J**



Dibujo de

Fanny Rabell